



NÚMERO ORDINARIO 15 CÉNTS.

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.	Ptas. 2,50	MADRID: trimestre.	Ptas. 2,50	Ordinario.	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios.	» 5	PROVINCIAS: trimestre.	» 3	Extraordinario.	» 0,50
		EXTRANJERO: año.	» 15		

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27. Madrid.

Á SUDAR TOCAN



Estamos en plena temporada veraniega, y el calor hace de las suyas, como pueden certificar los habitantes de la meridional España, ya residan en la villa del oso y del madroño, ya en la ciudad de la hermosa concha, puesto que aquí y allá, el ilustre Febo, se despacha á su gusto en todas partes por igual.

Y, sin embargo, *llovía*: quiero decir, que á pesar del calor, la mayoría de los españoles se divierten á destajo en pleno verano, tanto ó más que en pleno invierno, dejándose llevar por sus aficiones al trabajo. . . que ejecutan unos pocos, para entretener á muchos. Siempre han vivido los menos á costa de los más. Mientras unos se dan cuatro chapuzones en las ondas del mar, llevando trajes más ligeros y llamativos que los de la Bella Chiquita, sin que los reverendos padres de familia digan esta boca es mía— aunque se les haga la boca agua;— á otros les divierte que les den con la badila en los nudillos, perdiendo su caudal y su reposo, al contemplar los saques y boleas de los pelotaris Irún y Gamborena, Pedrós y demás compañeros mártires ó martirizadores que sudan la gota gorda, para que los espectadores hagan sudar sus bolsillos; y no faltan tampoco inocentes criaturas, que corren, que corren, que corren, que vuelan, montados en bicicletas, dando tormento á las piernas, como quien hace calceatas de aguja, y causando la estupefacción de las niferas y amas de cría.

Todas, todas las diversiones más en boga en este tiempo, han de ser de las que originan aumento de sofocante calor, en vez de proporcionar un fresco que ansian lo mismo los hombres que las mujeres, los viejos que los jóvenes. Es un contrasentido que no se explica, pero una realidad innegable. Hasta las fiestas de los pueblos en que suele alguno *nadar* en vino, para refrescarse, bailar hasta liquidarse, y correr novillos hasta asfixiarse— ó ser reventados— han de verificarse en verano; y nuestras magníficas corridas de toros han de ser alumbradas por un sol espléndido que aumente, si es posible, el calor que el más frío de los mortales experimenta al contemplarlas con espanto, con

interés, con alegría y con entusiasmo; que esas son las etapas que corren en su interior las sucesivas sensaciones que en todos produce el mejor de los espectáculos.

Y es que el calor es la vida, y el frío la muerte, como ha dicho no sé quién; y si no lo ha dicho, lo decimos nosotros, sin temor á que nos desmientan. Cada uno se divierte á su manera y como mejor le place, y hace bien si á nadie más que á sí mismo perjudica; porque una cosa es que la crítica alcance á todo lo que es público, y otra que, sin justa causa, se ensañe contra lo que, siendo bueno, no sea del agrado del que censura, el cual podría decir, alegando razones, que no le gustan, por ejemplo, las corridas de toros, absteniéndose de llamar bárbaros á los que las presencian. Mucha gente joven sufre desperfectos en su persona, cayendo de un velocípedo; mucha más se inutiliza para siempre en los partidos de pelota, aparte de la ruina que producen éstos en la fortuna particular, y jamás se ha dicho por los aficionados á toros, que sean «bárbaros» los que muestran predilección por aquellos entretenimientos.

Ahora mismo se desatan en injurias é improperios, tomando por pretexto las desgracias ocurridas á diferentes lidiadores, durante el presente año, sin querer comparar entre unos y otros espectáculos, cuáles son de peores consecuencias. Si fuera posible, que no lo es, porque los accidentes funestos que ocurren á los velocipedistas y pelotaris no salen á la superficie como los de los toreros, á causa de que éstos son públicos á la faz del mundo, y los otros son ignorados de la multitud como producto lento de esfuerzos que relajan los músculos del hombre y van minando su existencia hasta concluirlos; si fuera posible, decimos, contar el número de los que en uno y otros ejercicios se inutilizan, ya yeríamos de parte de quiénes va la ventaja.

Mal año, efectivamente, han tenido los toreros en el presente, sufriendo graves cogidas; pero hay que tener en cuenta el gran número de funciones en que han intervenido, y el mayor contingente que de toros y lidiadores han ofrecido las muchas Plazas que en España y fuera de ella existen. ¿Tiene algo de particular que, lidiados más de trescientos toros por más de mil toreros, hayan experimentado una docena de éstos las consecuencias de su arrojo y valentía? En una veintena de pelotaris ¿no ha habido

más de treis y más de seis, que por luxaciones ó dislocaciones, han tenido que suspender su ejercicio? ¿Y este ejercicio pueden soportarle sin reventarse, arriba de una decena de años? Por lo pronto, claro es, la cogida de un torero, se divulga y repercute en todas partes, y la de los otros no; pero la de aquél es de fácil curación en breve plazo la mayor parte de las veces, y la enfermedad que los otros contraen es á más larga fecha, aunque de vencimiento seguro si á tiempo no se retiran.

De intento no queremos ocuparnos en las ventajas ó perjuicios que comparados con las fiestas de toros, llevan otras funciones gimnásticas y de otras clases, porque es materia harto manoseada y tratada extensamente por distinguidos escritores antiguos y modernos, y porque al revés de lo que á media humanidad sucede, no queremos acalorarnos en este tiempo de veraneo. Que cada uno siga en sus trece, y los aficionados á toros en sus quince, que al fin y á la postre, ya veremos quién gana á quién. El tiempo dirá si los velocípedos y las pelotas duran, sin decaer, once siglos, como hace duran por lo menos las corridas de toros. Que son malas, bueno; que son. . . lo que quieran decir, bueno, callemos y dejemos al sano criterio discernir si tienen algo de ridículo, como lo tienen indudablemente los «fachas» de los velocipedistas en sus actitudes agachadas como las arañas, y si es más presentable el casi-traje de los pelotaris ó el espléndido y rico de los toreros. Estamos en la fuerza del calor, y no queremos sofocarnos; dejemos a cada loco con su tema, y enseñemos á los que por sistema claman contra la fiesta nacional, un ejemplo de cordura digno de imitar en las siguientes palabras de un sabio: «Ni entiendo de toros, ni soy aficionado á toros, ni pasan de tres ó cuatro las fiestas que he presenciado en toda mi vida. Esto no quiere decir que sea enemigo del famoso espectáculo. Me agrada ser tolerantísimo con los gustos y opiniones ajenas, y entiendo que cada uno debe buscar sus placeres donde los encuentre.» Esto lo ha dicho un hombre de sano juicio, de claro talento, á quien el mundo conoce por el pseudónimo de Dr. Thebussem, y doctores de su entendimiento hay pocos.

Con calor ó sin él, habrán de verificarse en España en menos de sesenta días que faltan hasta fin de Septiembre, otras sesenta corridas de toros: en ellas trabajarán lo menos seiscien-



tos toreros y otros mil quinientos dependientes de las Plazas y servicios para ellas necesarios, todo lo cual demuestra que es incalculable el producto que las tales fiestas dan para la riqueza pecuaria, para el Estado, para los pueblos en que se celebran, para las casas de misericordia y hospitales á que pertenecen los Circo, para los toreros, y para tantas familias que más ó menos directamente, reciben sus beneficios coadyuvando como operarios de todas clases y condiciones á tan hermoso espectáculo; en cambio los velocipedistas, cuando más, dejarán en alguna parte, como rendimiento de su insulsa diversión, un puñado de perros chicos para los pobres, si hay quien pague precio por verlos rendirse; y los pelotaris, ¡¡ah!! los pelotaris causarán muchas desgracias y ruinas en las familias, gracias al completo olvido del Código penal vigente.

Pero, en fin; si el hombre ha de ganar el sustento con el sudor de su rostro, que *suden* cuanto quieran los bolsillos de los ricos y los de quienes desean aparentarlo; que *suden* los ciclistas, los pelotaris y los lidiadores de toros; que *suden* cuantos ayudan á éstos, á aquéllos, y á los de más allá; que no ha de faltar seguramente alguien, que viendo trabajar *sude*, como nosotros hemos *sudado* para hilvanar este mal perjeñado artículo.

J. SANCHEZ DE NEIRA.

NUESTRO DIBUJO

COGIDA Y MUERTE DE LOBITO CHICO

Terrible recordación en los fastos taurómicos será sin duda el desdichado año por que vamos atravesando. Sin contar las cogidas de consideración, cuyo número casi se eleva al de las corridas verificadas, la crónica taurina ha tenido que registrar ya, en lo que va de temporada, tres de ellas, con un resultado que contrasta el ánimo más esforzado, por lo lamentable y trágico: la del Morenito, en Lorca; la del picador Benítez, en Granada, y la de Lobito Chico, en San Fernando. Esta última inspira nuestro número de hoy, y ¡Dios sabe con cuánta pena cumplimos la misión de ocuparnos de estas brumas que, tan de tarde en tarde por fortuna, suelen empañar el radiante horizonte del arte del toreo!.....

Para que un hombre llegue á tener un poco de historia, se necesitan bastantes años de vida; la de un niño tiene que ser por fuerza breve y compendiosa, y como tal puede considerarse al que no ha pasado de los veintidós años de edad, que es la que contaba el infortunado Antonio Lobo (Lobito Chico), nacido en Sevilla en 1871. Entre la instrucción elemental y el aprendizaje de pintor, primero, y la práctica poco entusiasta de este oficio y la afición más pronunciada á becarradas y capeas luego, abordó á las quince primaveras, etapa en la que se decidió su vocación taurina, formando, en unión de Bonarillo, Mazzantinito y Vaquerito, la cuadrilla que, bajo la dirección de su hermano Fernando Lobo, se embarcó para México en 1886, y regresó á la Península dos años después.

Con su referido hermano, con Lesaca y con el mismo Bonarillo, continuó toreando por las Plazas de España; y al revestirse este último con la alternativa de matador y formar su correspondiente cuadrilla, obtuvo Lobito en ella el lugar que como compañero y amigo del nuevo espada de derecho le correspondía. Corto el plazo de ejercicio profesional, había experimentado durante el mismo dos contratiempos de escasa importancia en San Sebastián y Villamanrique, cuando el horrible suceso de que fué tan desgraciado protagonista, vino á cerrar su sencilla historia, condensándola en los límites del prólogo de una biografía.....

Era el domingo 16 de Julio último, y en la Isla de San Fernando (Cádiz) se jugaba una corrida de toros por las cuadrillas de Minuto y Bonarillo, ésta en sustitución de la de Pepete, primeramente anunciada. El ganado pertenecía á D. Eduardo Ibarra, y la lidia de los tres primeros bichos transcurrió sin nada de particular. El cuarto, *Rosadito*, castaño retinto y corniabierto, aguantó diez puyazos y mató un caballo. Lobito Chico colocó un par, Mazzantinito otro; y al repetir el primero fué enganchado por la res, que lo volteó y arrojó en tierra, tornándole á recoger otras dos ó tres veces, é hiriéndole en todas. El diestro se incorporó un momento; pero la abundancia de sangre que manaba de la ingle le hizo vacilar y caer de nuevo, siendo conducido á la enfermería. En ella pudieron apreciar los facultativos una herida penetrante en la ingle izquierda, otra de seis centímetros en la región inguinal del mismo lado y otra de cinco en la iliaca, penetrante en el vientre, amén de un varetazo en el pecho, todo de tal gravedad, que falleció á los pocos minutos el infeliz Lobito Chico, aumentando así el catálogo de los mártires del deber, y alcanzando una celebridad tan prematura como trágica, que quizás no hubiera logrado sino después de muchas fatigas y contrariedades.

De las dotes particulares que adornan á los artistas, suele enterarse con frecuencia el público que los observa; y no ignoraba éste las que concurrían en el desgraciado Antonio

Lobo, que le acreditaban como modelo de hijos, como hermano respetuoso y como amigo invariable, según el testimonio de los que cultivaban su trato con alguna confianza; aparte de la simpatía general que despierta la juventud, cuando se ve en ella corazón y alientos para lanzarse con vehemencia en la batalla de la vida.

Por eso San Fernando tributa los últimos y más sinceros homenajes al cuerpo destrozado del pundonoroso lidiador; Sevilla suple con su desprendimiento el honroso estipendio depositado en las manos de la traspasada madre; Madrid ofrece su valiosa cooperación á Andalucía en esa obra de humanidad; España entera lamenta el desdichado caso, y hasta el extranjero se asocia al sentimiento general, como puede verse por la siguiente delicada manifestación que se nos remite, y tenemos el mayor interés en reproducir: «En nombre de los aficionados de Nimes, tenga la bondad de participar á la familia del desdichado Lobito Chico, particularmente á su madre, hermano é inseparable amigo Mazzantinito, cuán gran parte tomamos en su desgracia, y cuánto lamentamos este tremendo suceso. — Francia. ».....

Por nuestra parte, y dentro de la esfera taurina, poco podemos añadir. Diestro que empezaba su carrera, y que debía de ir grandándose con el tiempo, sólo pudimos observar que era un banderillero compuesto y sin pretensiones, y que cumplía con su cometido en un justo medio; siendo esto un dato favorable de lo que prometía para el porvenir.

El destino ha truncado cuantas esperanzas pudieran haberse abrigado sobre el particular. ¡Respetemos sus leyes y consignemos lealmente que sentimos como el que más, la pérdida del torero y del hombre!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

LA MUERTE DE LOBITO

«El chico era un valiente.»



Había leído la frase que precede entre otras que daban la triste noticia de la muerte trágica del joven banderillero, en un telegrama publicado por un periódico popular.

Lo veía continuamente ejercer su peligrosa profesión en consonancia con el calificativo que el correspondiente le otorgaba, y repercutía aún en mi oído el respetuoso *vaya usted con Dios*, saludo que me dirigiera apenas hacía veinticuatro horas, al encontrarnos por última vez.

Mi corazón apresuraba su acompasado latir, oprimiendo mi pecho; mi pensamiento, forjando la escena cruenta, quedóse paralizado en un punto negro; algo semejante á un vaho denso subía por mi garganta asfixiante, y mi vista parecía velada por un sanguíneo viso; así me retiré aquella noche á mi casa, y tras largo desvelo, logré conciliar el sueño; he dicho mal, pasé del pensar activo al pensar pasivo; del raciocinio consciente, al discurrir inconsciente.....

Eran las horas de la madrugada: la luna envolvía en su luz el pueblo de San Fernando, al que el cíngulo del Atlántico ha valido el nombre de isla; vagué por sus calles desiertas sin escuchar otro ruido que el constante rugir del Océano, y dando vueltas, llegué ante el Circo taurino, atrayéndome hacia aquel sitio un sordo quejido, tan profundo como el del mar, y tan prolongado como el del viento cuando zumba en la enramada; hallé la puerta abierta de par en par — cosa por demás extraña — é impulsado por una fuerza superior, penetré en su recinto; ya dentro, pude ver que era de día, tan claro, como que el sol no se había ocultado en Occidente, y alumbraba con tenues rayos á la multitud bulliciosa que se agitaba en los tendidos, y la trágica escena que se desarrollaba en el redondel; clavé la vista en el anillo, y vi como el toro suspendía por la ingle á un lidiador vestido de azul y plata, y todavía no se había apagado aquel lamento del público, ni yo había fijado bien en mi retina la actitud del torero aquel, cuando á un rápido movimiento del bruto le vi en el suelo, incorporarse luego, y caer de nuevo..... Después, todas las cuadrillas arremolinadas alrededor de la fiera; el banderillero caído en la arena, levantado por los compañeros de un charco de sangre, lívido el rostro, exánime el cuerpo, como naturaleza de la que escapa el espíritu y á la que falta la vida; el aire repercutió un ¡ay! de dolor: la tierra empapó la cálida sangre. No pude resistir más tiempo aquella escena horrible, y busqué la salida más inmediata; pero al ir á pasar la puerta, me distrajo un bulto, por los plateados destellos de la luna alumbrado, que lanzaba al viento lastimero quejido como de llanto; me acerqué á él, y pude cerciorarme que la visión era cierta.

Era una matrona hermosísima: hallábase sentada en actitud doliente, cubierta con rico vestido de luces, tocada la inclinada frente por montera de terciopelo, ceñida al basto rojo trapo, apoyada una

mano en estoque de roja empuñadura, y sosteniendo con la otra una banderilla; pero envuelta toda su figura en sendos crespones negros, que apenas la descubrían á la mirada como silueta ó bosquejo perdida en la penumbra; aquella mujer lloraba copiosamente; me paré para preguntarle:

—¿Quién eres y por qué te afliges?

—Soy la Taurómaquia — me contestó con voz entrecortada por el llanto — y lloro desolada á un hijo, Antonio Lobo, muerto violentamente en este día nefando.

—Y siendo madre, ¿cómo le expusiste al peligro?

—¿Acaso pude yo evitarlo? Nací hija del *Arte*, y me hicieron contraer nupcias con el *valor temerario*, so pretexto de que aquella unión complementaría mi ser y engrandecería mi stirpe; tuve varios hijos, á los que sirvió de cuna la ribera del Bétis, cabe Córdoba y Sevilla, y los dioses han querido que éste fuese, como tanto otros, semejante á su padre; yo le ayudé con mis consejos, pero no conseguí evitar la desgracia que hoy me agobia.

¡Infeliz madre! ¿Y es muy larga tu prole?

—Sí; hijos míos *mayores*, son José del Campo y Manuel García, Guerrita, Bonarillo y Reverte, Jarana, Faico y Minuto; y *menores*, como el que lloro desconsolada, Rodas, Moyano, Ostioncito, Saleri y Perdigón, todos temerarios, valientes — como dicen por ahí — pero conmigo crueles é ingratos. (Un ruido ensordecedor apagó sus palabras.)

—¿Qué es eso? — la pregunté.

—Son aplausos al matador — respondió.

—¿Pero continúa la corrida? — dije — dejando escapar á los labios un reproche contra mis semejantes.

—Sí — añadió con tono irónico; — pasado el primer momento de angustia, el público se divierte.

—No habrá madres en el Circo — pensé — y salí apresurado.....

Aquel aplauso me despertó indudablemente, pues me encontré en mi lecho; los albores matinales se vislumbraban ya por Oriente; me levanté rápido, preparé las cuartillas, tomé la pluma, y me dispuse á escribir la elejía del Lobito; pero sólo pude repetir en el papel la frase del corresponsal del periódico popular: *El chico era un valiente*.

EL MARQUÉS DE PREMIO REAL.

LA NOVILLADA DE AYER

Dos palabras..... tan sólo dos palabras.

La temporada que vienen haciendo *los niños de Reverte*, hoy de Cara-ancha, daba á la fiesta un interés excepcional en esta clase de corridas, y la Plaza se llenó por completo, más bien con el público de los toros, que con el de novillos. ¡Pero, fiense ustedes de los buenos propósitos! La cosa resultó mala, aunque en extremo accidentada, solamente por obra y gracia del ganado.

Habíamos dado previamente el programa; únicamente nos resta añadir que el Sr. Bartolo y el Sr. Conradi, sucesores de González Nandin, soltaron en colaboración media docena de bueyes jóvenes y de buenas hechuras; pero bueyes al fin. Duro ahí: á entrada hecha, ganado manso, y..... vamos viviendo.

La faena que hizo éste en el primer tercio, se compuso de 37 llamadas varas por mal nombre, por tres caídas y dos caballos apuntillados dadivosamente.

En el segundo tercio intervinieron cuatro banderilleros, pareando seis toros Moyano, cuatro Rodas, y uno cada uno Gonzalito y el Americano. Imposible el ganado para hacer una lidia regular y lucida, harto hicieron los chicos con entrar á la suerte valientemente, sobresaliendo Rodas en un par al encuentro superior, al segundo; otro de frente al tercero, y uno al sesgo al cuarto, en el que, ciñéndose demasiado, fué cogido, sufriendo tres ó cuatro embestidas, que le ocasionaron una cornada en el muslo, que según noticias, no interesa afortunadamente más que los tejidos blandos, y una descalabrada en una ceja, ingresando en la enfermería; Moyano cuarteó uno superior al primero; otro de frente bueno, al segundo; y otros dos de igual calidad al quinto y sexto; cumpliendo bien Gonzalito y el Americano.

El Rubio demostró mucha voluntad y aplomo con la muleta, notándose, sin embargo, la falta de costumbre; y como no fué posible que hiriese en buenas condiciones con tales reses, se deshizo del primero con dos estocadas cortas y dos pinchazos, y un descabello á la segunda; del segundo, de un pinchazo en hueso, una baja y un descabello á pulso; del tercero de una atravesada, un pinchazo y tres intentos, y del cuarto, en el que estaba visiblemente alterado y descompuesto por el accidente de su compañero, de una á paso de banderillas, con apuro en la brega. Con él capote hizo lo que humanamente pudo, y lo que la desanimación que naturalmente se apoderó de él le permitieron.

Gonzalito cumplió en los dos últimos, los más manejables, siendo la faena muy movida, con una estocada atravesada, viniéndosele el toro en el quinto y con tres pinchazos en el sexto.

Ocasionó el Sr. Menéndez Tejo, que presidía, una bronca, y pudo ocasionar un conflicto, con sus desaciertos. Cuando no se entiende una cosa, se queda uno en casa y no se lleva el desprestigio á la autoridad que se representa.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.—Madrid.